

Entre la plaza y el palacio

Cuando se pregunta a los funcionarios del partido de gobierno su opinión respecto de los magros resultados del presidente García en las encuestas, estos responden que “no se debe gobernar en función a las encuestas” o que “las encuestas tampoco le eran favorables en época electoral”.

Y tienen razón... Lo mismo le sucedió a Alejandro Toledo cuando navegaba tercamente con su escasa aprobación que, habiendo llegado a menos del 20%, se recuperó al final de su gobierno, y hoy incluso se insinúa como posible candidato para el 2011.

Hay una gran diferencia entre ser candidato y ser gobernante: el candidato tiene que gustar, decir a la gente lo que esta espera escuchar, disimular los mensajes difíciles, ofrecer lo que el votante quiere recibir, y habitualmente se entra a una competencia para ver quién ofrece más (y a quién le creen más las ofertas).

Por otro lado, el gobernante (si quiere hacer una buena gestión, porque irresponsables también hay) tiene que adecuarse a lo que es posible lograr con los recursos que tiene, aunque eso signifique no atender todas las demandas que reciba o que una (gran) parte de sus promesas electorales sean incumplidas. Y si bien lo correcto sería evaluar el desempeño del elegido respecto a lo ofrecido, lo más saludable es hacer borrón y cuenta nueva, y evaluar la gestión presidencial de forma absolutamente independiente a la campaña.

Cuando revisamos la encuesta publicada por el diario *Correo* el 11 de agosto, encontramos que a García, quien viene siendo mejor presidente que candidato, le está yendo mal. Y la mayor razón de desaprobación es la inflación. ¡Vaya ironía! Cuando comparamos la inflación en el Perú (5.8%, acumulada en los últimos doce meses) con la de los demás países de la región, encontramos que, lejos de ser un demérito, debería ser motivo de satisfacción por parte de la población; pero para eso hace falta una evaluación objetiva y a García no se le dará ese derecho, al menos en lo que se refiere a inflación.

Otro dato interesante de la encuesta es que pocos parecen haberse impresionado por el mensaje presidencial, a pesar del apabullante recuento de obras públicas, con el detalle absurdo que casi parecía contener el número de metros de asfaltado y de litros de agua potable logrados. En realidad, es probable que el discurso no haya tenido mayor impacto porque cualquiera que no tuviera la obligación de escucharlo más o menos atentamente, debe haberse quedado dormido antes de la mitad. Pero también en medio de la saludable aridez de un discurso de segundo año, salen propuestas como la del Ministerio de la Cultura, quién sabe de qué sombrero.

Supongo que a Alan García no le ha gustado el resultado de la última encuesta, especialmente porque debe sentir, y con justa razón, que lo está haciendo mucho mejor que “aquella vez”. Tal vez por eso se mandó al día siguiente a empezar el traslado del incremento del precio internacional de los combustibles al público. ¿Una patada?